

Puerto Rico Evangélico

AÑO XII—NUM. 12

Ponce, Puerto Rico

Diciembre 25, 1923



Siguiendo la Estrellita

Sufriendo del desierto los rigores
Y de la noche la inclemencia dura,
Caminan tras los mágicos fulgores
De la Estrellita divinal y pura.

La luz les traza el derrotero fijo
Disipando las sombras del camino,
Y ellos con ansia y con amor prolijo
Siguen del astro el resplandor divino.

Diciembre 12, 1923.
Mayagüez, P. R.

Pero al final de la mortal jornada
Allá en Belén en el mesón suspiran,
Contemplando la faz inmaculada
Del Niño-Dios, a quien ansioso miran

Y tú, cual ellos, pecador contrito,
Siguiendo la Estrellita y sus bondades
Puedes hallar al Redentor bendito
Adorándole en estas NAVIDADES.

Angel Archilla Cabrera

FELICES PASCUAS

hombre pudo oír lo suficiente para entender el significado real, positivo de la Navidad. Al terminar el servicio religioso Fidel volvió apresuradamente a su casa, en donde le esperaba impaciente su buena esposa. Esta le aguardaba con arroz con dulce, majarete y almojábanas, banquete que había preparado y que tenía escondido para sorprender a su marido a su regreso. Después de haber cenado opíparamente, Fidel dió gracias a Dios y contó a su mujer su extraña experiencia. Luego terminó diciendo:

—Esta es la primera noche “buena” que paso en mi vida, y Dios mediante **no será la última** . . .

M. E. Martínez.



LA PIEDRA DE DEGETAU.

Ama y Trabaja.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

(A mis queridos hermanos Alfredo Rivera y Manuel Vázquez Rodríguez.)

Cierta tarde muy lluviosa regresaba yo, por el camino llamado de Cuyón, al pintoresco pueblo de Aibonito, acompañado de mi querido e inteligente compañero en el ministerio cristiano Rdo. Alfredo Rivera, después de la inspiradora inauguración de una pequeña capilla metodista edificada en el lugar denominado “La Cuchilla.”

Cuando estábamos muy cerca de la población, y siendo ya muy oscuro, casi de noche, oí a mi acompañante mencionar, con gran sorpresa de mi parte, la famosa y muy interesante piedra de Federico Degetau y González.

Inmediatamente le rogué me la mostrase. Y dicho y hecho. Pasando por encima de una cerca de alambre (a pesar de la expresada prohibición de entrar inscrita en la puerta de la finca “La Torre”), ascendimos un cerrito cubierto de abundante yerba, matas y arbustos, desde cuya cumbre se contempla al mismo tiempo el Océano Atlántico al norte y el Mar Caribe al sur. Precisamente sobre dicha cumbre surge majestuosa una maciza piedra que, vista de costado, tiene la figura como de un triángulo.

“Aquí,” dijo mi amable compañero, “venía a meditar Degetau. Y en esta piedra está escrito su lema “Ama y Trabaja.”

Impulsado por la más viva curiosidad y profunda admiración, subí a gatas sobre la piedra, y cerca de la parte más alta contemplé una sencilla lápida de mármol blanco fuertemente adherido

a la roca, mostrando claramente el famoso lema del sabio y filántropo portorriqueño, el cual lema lo deben de haber grabado sobre piedra sus admiradores, para que no se pierda en el olvido habitual y cruel indiferencia de sus compatriotas. Grabado sobre el duro mármol, tal vez acabará un día por grabarse en la mente y en el corazón del pueblo que amó tanto y por el cual trabajó tanto también. Desde aquella elevada piedra, como un vigilante atalaya de su patria, el cóndor del pensamiento, escrutando las profundidades del corazón humano, condensó su tierna y sana filosofía de la vida en esas dos palabras: **ama, trabaja**, las cuales son altas como las montañas de Aibonito, profundas como los mares que contemplaba, luminosas como el sol de los trópicos y firmes como la sólida piedra que servía como pedestal a aquella hermosa estatua viviente.

Sus libros quizás desaparezcan en el transcurso del tiempo, pero el glorioso resumen de sus grandes ideas y bellísimos sentimientos quedará escrito, con caracteres indelebles, sobre la piedra predilecta del genial pensador, desafiando la furia de los vientos, el desgaste de la lluvia y el efecto ocultante del polvo.

“Ama y Trabaja” fué el lema de uno de los más grandes y mejores hombres de Puerto Rico, de América y el mundo entero. Degetau y Hostos, como hombres de ideas y afectos, no han sido comprendidos por estas generaciones superficiales y, a fuerza de superficiales, extremadamente injustas. En el porvenir habrá una revisión de valores en nuestra historia regional, y los grandes y buenos entonces serán generalmente reconocidos por buenos y grandes.

“Ama y Trabaja” fué el sugestivo lema de un ilustre ciudadano que amó y trabajó hasta morir. Más bien que un lema fué la norma de su vida ejemplar en el seno de la familia y en las relaciones de la sociedad.

El amor es la causa y el trabajo es el efecto. El amor es la fuerza invisible; el trabajo, el movimiento visible provocado por aquella fuerza. El amor es el alma; el trabajo, el cuerpo en que reside y por el cual se manifiesta. El amor inactivo no es amor. El trabajo, sin ideal y sin alegría, no es trabajo. Puede acaso ser trabajo mecánico o animal, pero no trabajo verdaderamente humano. Sólo los que saben amar pueden trabajar bien. Lo que dignifica al trabajo, ya sea del cuerpo, ya de la mente, es la cantidad de amor que lo impulsa y acompaña.

“Ama”: ¿A quién? A Dios, a los hombres y a la naturaleza; a tu patria y a

todas las patrias; a la generación presente y a las generaciones venideras. No te canses de amar, porque entonces te cansarás de vivir; amar es vivir. No temas ser pródigo en el amor, porque cuanto más amor salga de tu corazón, más amor penetrará en él. "Dios es amor," y El es inagotable.

"Trabaja"..... Con las manos, la cabeza y el corazón. El trabajo es una condición y una señal de la vida. No trabajar es morir. Trabaja con entusiasmo, y no mirarás el reloj, que produce tedio en el alma con su monótono tic tac. Trabaja para el bien de los demás, y no te desesperarás por la recompensa material e inmediata. Ella vendrá sin buscarla; y si no se presenta en forma sonante y tangible, te acompañará en la satisfacción de tu conciencia, en las alabanzas de las almas sensibles al bien, en las fervientes plegarias de la madre agradecida, en los besos candorosos del niño, en las palabras dulcemente paternales del anciano socorrido, en el embellecimiento de la naturaleza y, sobre todo, en las constantes bendiciones de Dios.

La piedra de Degetau en Aibonito predica un sermón diariamente a todo Puerto Rico, exhortándonos a vivir una vida alta, hermosa y fecunda.

Ojalá que un día se levante allí majestuosa la estatua del profundo pensador e incorruptible patriota con un gran letrero eléctrico que, en la obscuridad de las frías noches aiboniteñas, proclamen, desde aquella colina santificada por los recuerdos y las meditaciones del ilustre portorriqueño a todos los vientos del horizonte, el sublime lema modestamente grabado en la piedra alta y solitaria: "Ama y Trabaja."

Caguas, P. R., 11 de diciembre de 1923.



OFRENDA DE NAVIDAD.

Por V. F. Rodríguez Ortiz.

Hagamos un paréntesis y coloquemos dentro esta cifra: (420), con toda la amplitud que abarcan esos cuatro siglos y cuatro lustros intermedios entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y nos daremos cuenta de un pueblo rodeado de tinieblas, pero en espera de algo que le ha sido prometido.

Con cuanta más ansia esperamos una cosa, mayor satisfacción sentimos al recibirla. Esta es una sentencia verdadera. Pero, ¿qué esperaba aquel pueblo? ¿Cómo habría de recibirlo? No parece sino que Dios se ha olvidado de sus hijos,

ya que los profetas han enmudecido cerrando las comunicaciones del Altísimo.

La esclavitud política, pero más que ella, la esclavitud del pecado, ha sumido al escogido pueblo en la más cruel desesperación.

Espera, espera, pero..... nada: no sabe lo que ha de venir: ¿Será otro Moisés que ha de romper de nuevo las cadenas que ahora le unen al despótico gobierno romano? o ¿será un hombre de paz que solamente se ha de ocupar en romper los terribles lazos del pecado? Posiblemente un reducido porcentaje puede establecerse en favor de esta última creencia. El anciano Simeón es una gloriosa excepción de la regla.

Mas Dios que en ocasiones se vale de medios humanos para implantar sus designios divinos, parece que de momento hizo cambiar las cosas: Un gobernante terreno revoluciona por medio de una proclama la inmensa muchedumbre que, desparramada por los confines de aquella tierra de promisión, se mueve, se agita en desesperada conmoción para cumplir con el mandato del César.

Como a unas cinco millas de la populosa Jerusalem duerme tranquila el sueño de pasadas glorias la antigua Efrata, rodeada de viñedos, higueras y almendros, dominando desde su envidiable altura de dos mil setecientos pies los hermosos paisajes que tanto recrean al caminante. Allí, dentro de aquellos casi derruídos muros, permanece intacto el recuerdo imborrable del famoso David, sin darse cuenta el pueblo de que muy pronto, también dentro de esos mismos muros, habrá de manifestarse la Gloria del Omnipotente, con la venida del nuevo y portentoso Rey de Reyes.....

¡Un momento de sorpresa! ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? Nadie lo sabe: No parece sino que el astro diurno se viene destrozando en pedazos y cayendo en partículas sobre la haz de la tierra.

La vista de los unos se ofusca; el corazón de otros se alegra, la conciencia de alguno se compunge. Nada se sabe; pero de momento, para unos pobres campesinos que nada esperan pero que mucho entienden, se descorre el velo del misterio: Una voz celestial, inimitable, les dice desde lo alto: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad." Sí, de buena voluntad; para los malos, nada, sino trastornos, y acaso remordimiento.

¡Tiembra, Herodes, que tu tiempo ha llegado! Pero no para perder el poderío que tanto te preocupa, sino para que ese cuerpo lleno de ambiciones y corrompido por la perversidad, se destroce por el gusano de la envidia y perezca cancerado por